

CAPÍTULO 1

Alicia era una niña de nueve años con fama de ser muy lista para lo que le interesaba. Y la verdad es que le interesaban muchas cosas.

Ricardo, por su parte, era un chaval de ocho años que no parecía ser tan listo, pero en cambio era muy simpático y cariñoso, sobre todo con su madre.

Los dos vivían en el mismo edificio de un barrio muy elegante de Madrid, con la diferencia de que el piso de Alicia era muy bueno y el de Ricardo no.

Era un edificio antiguo y señorial en el que apenas vivían familias, ya que los pisos estaban ocupados casi todos por oficinas. De familias solo quedaba un matrimonio con hijos muy mayores y una señora extranjera que vivía sola. Luego estaba la familia de Alicia, que era corriente: el padre era abogado y la madre, dueña de una peluquería de señoras muy elegante. Tenía un hermano mayor que casi nunca estaba en casa. Como era muy listo, estudiaba en el extranjero con una beca. Alicia esperaba ser algún día tan lista como su hermano mayor, o más. Era un poco creída y vanidosa, pero buena persona.

En cambio, la familia de Ricardo era muy especial; solo tenía madre, que era la portera del edificio.

A pesar de las diferencias, como Alicia y Ricardo eran los únicos niños del edificio, se llevaban bastante bien. Además, iban al mismo colegio. Alicia pagando y Ricardo sin pagar, lo cual le daba un poco de vergüenza.

No siempre se llevaban tan bien, pero siempre por culpa de Alicia que hablaba mucho y presumía bastante. En cambio, Ricardo hablaba poco y por eso parecía menos listo. Sin embargo, la directora del colegio siempre decía:

“Este niño de tonto no tiene un pelo. Lo que pasa es que es muy tímido y le da vergüenza todo”

Una de las cosas por las que se enfadaban, era que Alicia presumía de tener un duende por parte de padre y otro por parte de madre que siempre le estaban haciendo regalos.

—Mira qué estuche más bueno me ha puesto el duende de mamá —le decía a Ricardo.

—¿Y por qué te lo ha puesto? —se admiraba Ricardo.

—Porque me he portado bien.

Eso le extrañaba al chico, porque a él no le quedaba más remedio que portarse bien siempre. Si no, su madre se disgustaba porque desde que se había quedado viuda se disgustaba con gran facilidad. Incluso se disculpaba y se le saltaban las lágrimas cuando Ricardo se portaba demasiado bien o traía buenas notas del colegio.

“¡Ay! Lo que hubiera disfrutado tu padre con un hijo tan bueno”

Ricardo apenas se acordaba de su padre porque falleció siendo él muy pequeño, pero por lo que le contaba su madre debía de haber sido una gran persona.

—¿Y por qué era una gran persona? —le preguntaba Alicia.

—Porque nos quería mucho.

—¿Solo por eso? —se extrañaba Alicia—. Todos los padres quieren a sus hijos. Vaya una cosa.

A esto no le respondía Ricardo, porque a Alicia a veces era mejor no contestarle, ya que si no, se le ocurrían nuevas preguntas y a veces eran muy difíciles de contestar. Por ejemplo, le decía:

—Si tu padre se ha muerto hace un montón de años, más de cinco, ¿no es hora de que tu madre se vaya olvidando de él? ¿No crees tú?

Ante esta interpelación Ricardo se limitaba a encogerse de hombros.